

Carlos Fuentes

Los tiempos de México

Georgina García Gutiérrez

Pocos creadores han conformado un corpus literario tan implicado en el imaginario nacional como Carlos Fuentes. Sus novelas nos han otorgado un amplio panorama de nuestro país. Georgina García Gutiérrez, autora de Los disfraces: La obra mestiza de Carlos Fuentes, recorre su obra y documenta su innegable actualidad.

*¿Puedo, en fin, hablar de mi tiempo?
Éstos fueron los años de nuestra juventud.
Teníamos todos, al iniciar la década,
entre los veinte y los veinticinco años.
Carlos Fuentes, Tiempo mexicano*

*Política es diálogo, negociación,
sin perder un ápice de convicción o firmeza.
Si el PRI no se reforma, éste será su último gobierno.
Si el PRD no se reforma, nunca llegará al gobierno.
Carlos Fuentes, Nuevo tiempo mexicano*

Para la comprensión del siglo XXI: leer y releer a Fuentes.

Los artículos y ensayos de Carlos Fuentes complementan el mural narrativo con que ha estado representando artísticamente, en novelas, cuentos, teatro, los momentos decisivos de la historia de México y los procesos sociales que lo han conformado. Las narraciones, en especial las grandes novelas, consignan y despliegan el siglo XX, lo que va del XXI, retroceden al XIX, pero también se ocupan del sondeo de otras épocas, del examen de cómo se gestaron y de sus consecuencias históricas (por

ejemplo, la Conquista, la Revolución, la modernidad que surge en la posrevolución y, en las últimas décadas, de la actualidad vista como el resultado de todos los pasados). Por eso, todo presente en las novelas murales de Fuentes surge como consecuencia y tiene su explicación en el pasado de México (aunque la historia mexicana siempre tiene en su obra el marco de referencia de la historia mundial). Así que la obra de Fuentes que sigue y analiza la sucesión de presentes que los mexicanos pronto convertimos en olvido, en pasado olvidado, al poner de manifiesto la continuidad de la Historia, de la que parece no hemos aprendido, ayuda a entender el tiempo en que estamos viviendo. Nuestro tiempo: el tiempo mexicano que Carlos Fuentes atestigua y consigna en su literatura.

Fuentes incorpora técnicas y procedimientos de las literaturas mexicana y universal para describir, para representar al mundo en una obra muralística y se vale de las herramientas que le proporcionó su formación en derecho y en derecho internacional (más la lectura actualizada de textos de política y economía), para funda-

mentar la observación de la sociedad. De hecho, toda la producción de Fuentes es crítica y se origina en lecturas, en reflexiones sobre la sociedad, la economía, la política, la Historia, el género novelesco, la literatura y las artes en general. Reflexiones documentadas, de largo alcance. Reléase, por ejemplo, a la luz del presente, la novela profética *Cristóbal Nonato* (1987), que juega a imaginar en un futuro hipotético qué pasaría si el PRI ya no gobernara. En el capítulo tres se sabe que en la elección del “Año Noventa”, triunfó el primer candidato del PAN, don Jesús, María y José Paredes, “clerical derechista”, quien recibe la herencia del partido en el poder desde 1929. La novela imagina una nación devastada ecológicamente, con hordas de jóvenes desempleados, con un presidente que no sabe gobernar y un líder de las masas autoritario, fundamentalista e ignorante: el Ayatola Matamoros Moreno. Esta utopía negativa o distopía le permite a Fuentes analizar las consecuencias de que el PRI haya permanecido en el poder durante tanto tiempo. La novela, pese a una visión crítica feroz, es de risa loca, divertidísima. Finalmente, fue una advertencia juguetona, inteligente. Promesa de vida: la que se está gestando en el vientre materno, desde el que habla Cristóbal, su narrador nonato. Por más hipotético que sea, el porvenir imaginado en *Cristóbal Nonato* es consecuencia prevista por la concatenación específica de pasados: es un futuro posible si no se corrige el rumbo que ha tomado el país. En *Cristóbal Nonato*, los numerosos personajes encarnan modos de ser de los mexicanos y de los extranjeros que viven en México. Mentalidades, ideologías, creencias de todo tipo se expresan en esta novela polifónica que representa una realidad grotesca, excesiva, pero que tiene predicciones porque imagina con base en la Historia. El impacto de la derrota del PRI en sus dinosaurios queda a cargo de un miembro de la élite, Homero Fagoaga, quien le confiesa al escritor Fernando Benítez:

... Yo nací con el PRI, ése es mi nombre de gloria nacional pero también mi destino personal, Fernando: yo no concibo la existencia sin el PRI, estoy orientado, sintonizado, enchufado, con el Partido, al PRI le debo mi idioma, mis pensamientos, mis ideales, mis combinaciones, mis trácalas, mis oportunidades, mis excusas y mis audacias. Fernando: toda mi existencia, hasta mis fibritas más íntimas, te lo juro, deriva del PRI y su sistema, puedo ser católico porque creo en las jerarquías y dulces normas de mi iglesia política, pero puedo ser revolucionario porque creo en sus lemas y legitimaciones más arcaicos; puedo ser conservador porque sin el PRI vamos al comunismo, puedo ser liberal porque sin el PRI vamos al fachismo y puedo ser millonario católico y revolucionario progresista y reaccionario al mismo tiempo y por los mismos motivos: el PRI me autoriza todo, sin el PRI no sé qué decir, qué pensar cómo actuar...

Benítez le pide al priista de hueso colorado que crea en la libertad y la democracia. Como esta voz fundamental, otras voces, ideologías, matices de la forma de ser y comportarse son tomados en cuenta en esta novela como lo fueron en *La región más transparente*. El Ayatola Matamoros Moreno es un síntoma de los tiempos revueltos:

...el Ayatola Matamoros tenía que hablar, moverse, dejarse ver con una fe total en lo que decía, en lo que movía, en lo que veía. Iba a decirles a las masas que lo siguiesen, que la fe es la fe: ni se prueba ni se insulta ni se somete a juicio ni se encarcela. Que pensaran esto por lo que pudiese ocurrir, dijo durante las semanas precipitadas y secretas en las que reunió a los halcones echados a volar desde su última hazaña en el lejanísimo 1971, a los policías desbandados desde las remotas épocas de la renovación moral, a los guaruras sin empleo por el éxodo de los ricos a Houston, Miami, Los Ángeles, incluso a esa hez él debía convencerla de que ahora se actuaba con fe, que hasta un policía o un guardaespaldas adicto al movimiento tenían que hacer lo que hacían por algo más de lo que jamás habían hecho: igual que los pepenadores y los tragafuegos, igual que los mendigos y los paracaidistas, todos debían buscar y sentir lo mismo: “¿Por qué me siguen? Por ser nuevos. Por salvarse a sí mismos. Por tener buena o mala suerte con tal de tener un destino. ¡Ya no vegeten más!”.

La novelística de Fuentes reescribe la Historia y ficcionaliza para desmentir las ficciones de los discursos políticos, de los económicos. También deja ver la preocupación de Carlos Fuentes por México y por el futuro del país en obras como *Cristóbal Nonato*: advertencia de que no debemos olvidar la Historia.

A la luz del presente, también reléanse los artículos y ensayos de *Tiempo mexicano* (1971), pero sobre todo, los de *Nuevo tiempo mexicano* (1994) que comentan el TLC, los asesinatos de Luis Donaldo Colosio, de Francisco Ruiz Massieu; la rebelión chiapaneca. Léanse otra vez, sobre todo, en ese volumen, los escritos organizados bajo el título, “El 94: diario de un año peligroso” (a cada mes dedica un artículo), que permiten reconstruir un tiempo decisivo para el rumbo que condujo el país hasta este siglo XXI. En el ensayo, pero sobre todo en el artículo político, los análisis son más puntuales, profundizan en una coyuntura, comentan lo ocurrido hoy. Armado de cifras, de datos, de argumentos fundamentados en ellos, Fuentes desenmascara, debate frontalmente. Se podrá o no estar de acuerdo con él, pero lo cierto es que obliga a pensar (difícil refutarlo en el terreno de la razón).

Artista e intelectual a la vez, el talento literario para la literatura imaginativa coexiste en Fuentes con la sagacidad para los análisis críticos de la sociedad y la política. Por eso su narrativa tiene elementos muy críticos



Carlos Fuentes

© Javier Nández

(aun la del género fantástico que distintivamente incorpora lo político) y sus ensayos o artículos la fuerza del conocedor de la lengua literaria.

El mural que sigue escribiendo Fuentes es reinventado como arte literario en cada novela. Su nueva novela o novela mural con la que impulsó la renovación del género novelesco en español, a partir de *La región más transparente*, se ha ido modificando para registrar una realidad cada vez más compleja y difícil. La ciudad y el país que imaginó en *La región más transparente* (1958), en novelas posteriores, no son los mismos que motivaron la pesadilla de *La voluntad y la fortuna* (2008) publicada cincuenta años después. Hay varias preguntas que podría hacerse un novelista como él atento al acontecer y con herramientas artísticas e intelectuales para captarlo críticamente. Se puede especular que se preguntaría, quizá, ¿cómo representar a un México que experimenta cambios que lo alejan cada vez más del proyecto de la posrevolución de las décadas de los veinte y los treinta del siglo pasado, que es otro muy distinto al de las épocas de los gobiernos de Manuel Ávila Camacho y de Miguel Alemán de las primeras novelas que abrieron la puerta al *boom* latinoamericano? ¿O, podría preguntarse tal vez, cómo novelar la globalización, el deterioro institucional, la lucha encarnizada por el poder que convierte al país en un botín de los partidos políticos?, ¿la incipiente y ya agonizante democracia?, ¿la erosión de la realidad y la consiguiente pérdida de la esperanza?, ¿la destrucción de la Ciudad de México que fuera grácil, la de los Palacios, caminable, que pertenecía a sus habitantes, aplastada por billones de toneladas de concreto al servicio de las miríadas de automóviles? Las especulaciones son más, claro está, pero las respuestas a las preguntas más pertinentes que suscita el presente están en la producción literaria más atenta a lo que

sucede en México desde hace varias décadas. Fuentes las responde como periodista, novelista, con sus cuentos y ensayos.

En cómo modifica la forma de la novela para captar la realidad, en la temática siempre actualizada, en las tonalidades con que la representa, la escritura de Fuentes muestra el impacto de la realidad. Podría decirse que en momentos críticos, el mural hace recordar en ciertas tonalidades e imágenes terribles, a las representaciones de un pintor como Goya, homenajeado por Fuentes en *Constancia y otras novelas para vírgenes*. No al de *Toros en un pueblo*, ni al de las *Majas*, o *La tauromaquia*, digamos, sino al de *Los caprichos*, al de *El tres de mayo de 1808*, al de *Saturno*. La realidad oscura tiñe la representación del México del siglo XXI. En ciertas novelas, la intensidad artística y experimental de Fuentes para copiar la realidad violenta, disgregadora de las familias y de todo un país, recuerda más, indudablemente, a Picasso, no al de la época azul o rosa, sino al autor del *Guernica*. Obra que, según se dice, escandalizó a los nazis que lo increparon con insolencia filisteica para que confesara quién había hecho ese horror. Picasso les asestó: “ustedes”. El arte despierta, conmueve, refleja, perturba, denuncia, por eso es perseguido como la ciencia, la filosofía y toda producción del pensamiento que se aleje de la ortodoxia. Por eso la censura, la prohibición, la quema de libros. En la España de Franco se prohibió *Cambio de piel* (1967), en el México de la democracia se prohibió *Aura*.

La voluntad y la fortuna, narrada por la cabeza cortada de Josué, capta la violencia y corrupción que están desmembrando al país. Lo que cuenta y cómo lo cuenta son muy inquietantes porque remiten a una situación real y atentan contra la comodidad de la indiferencia o del olvido. No es enterarse de la nota roja del día, sino

Los disfraces: la obra mestiza de Carlos Fuentes

Georgina García Gutiérrez



darse cuenta en verdad del estado real del mundo en que vivimos. La lucidez y la conciencia que proponen las novelas de Fuentes, en especial las que recientemente reproducen los horrores que viven los mexicanos en este tiempo convulsionado, no son fáciles. Sin embargo, no es posible negar impunemente el presente, ni la continuidad de la historia, ni a ésta. Fuentes mismo lo ha expresado muy bien: “La novela es una re-introducción del ser humano en la historia” (*En esto creo*, 2002). Leer obras que ayuden a entender lo que pasa y por qué pasa da un sentido de realidad en un contexto en que ésta se está degradando. Mas Fuentes, con un sentido del humor inigualable, a la vez que hace pensar con los matices de la estética del horror, también provoca la risa. En la novela epistolar, *La Silla del Águila* (2002) que disecciona a la clase política, los personajes son grotescos, sus perversiones los ponen en ridículo, la inconsciencia y amoralidad que mueven sus decisiones los convierten en figuras que provocan la risa y el desprecio. Estas *Relaciones peligrosas* a la mexicana descubren los recovecos de los políticos, su incompetencia y falta de compromiso con México. Persiste la continuidad de métodos de manipulación y lo característico de la política mexi-

cana que nada hace para incrementar la educación, la investigación, el estudio de la ciencia, que romperían la dependencia tecnológica:

Los Estados Unidos nos han cerrado el portal grande afectando la totalidad de las comunicaciones no sólo internacionales sino nacionales, dado que éstas también dependían, por minúsculas que fuesen, del Centro Satélite de la Florida. El “hipotético” bicho del milenio 2000 fue simplemente sustituido por el bicho 2020 para efectos exclusivamente mexicanos, castigándonos por nuestra política adversa a la ocupación de Colombia por las fuerzas armadas de los Estados Unidos y favorable al aumento de precios del petróleo determinados por la OPEP. Es la llamada “Operación Cucaracha”.

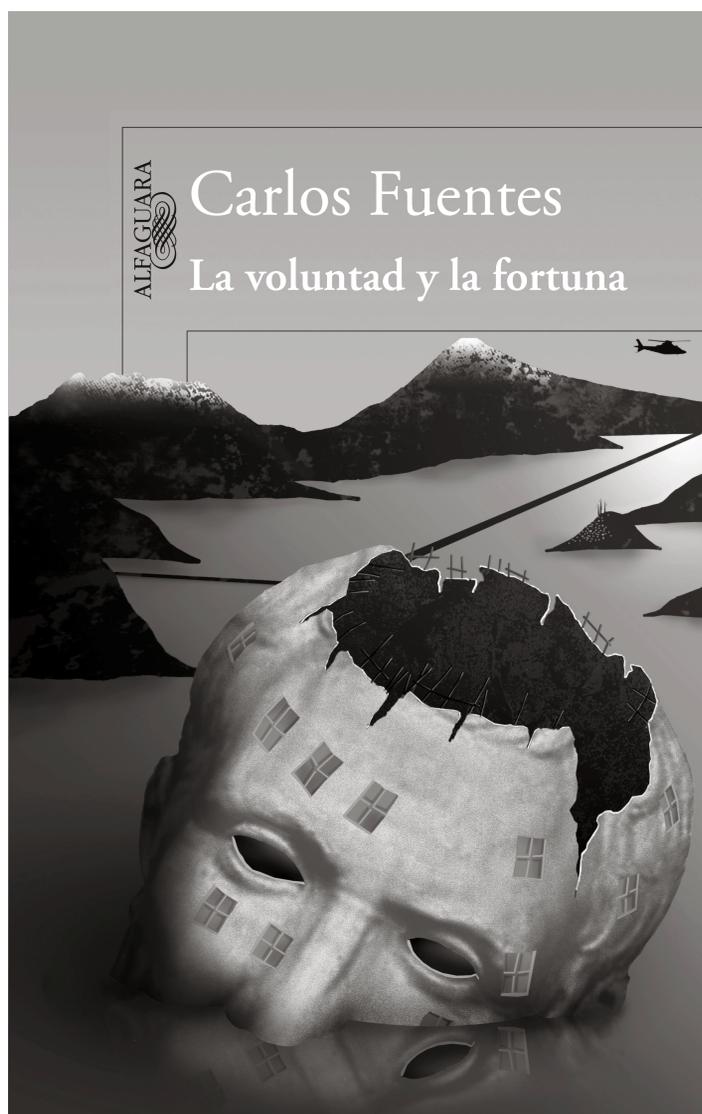
La novela imagina que el PRI regresó en 2006 a la presidencia y que los políticos se preparan para las elecciones del 2024 en el año “pseudocapicúa 2020”. De hecho, México queda incomunicado porque el PRI quiso monopolizar el acceso a la información y se olvidó del control que el Pentágono ejercía en el sistema (“El error nacional mexicano consistió en entrar con los ojos cerrados y la esperanza de globalizarnos rápidamente a un sistema que no controlábamos en tanto que, internamente, politizamos las comunicaciones para evitar su uso pluralista y democrático”). Por represalia, México se queda aislado y sus habitantes reducidos a la incomunicación: “...nos han dejado sin fax, sin e-mail, sin red y hasta sin teléfonos, estamos reducidos al mensaje oral o al género epistolar —como lo comprueba esta carta que te escribo con ganas de comerla y tragarla...”. Los políticos son transparentados en las cartas que se dirigen. Alianzas, promesas, esperanzas, traiciones, truculencias y pactos increíbles establecen las relaciones entre la clase dirigente que quiere ganar la Presidencia de la República. *La Silla del Águila* refuta, por así decirlo, el aspecto idealizador, esperanzado de *Cristóbal Nonato*. El presente que reproduce *La Silla del Águila* para crear un futuro amenazante rebasa las predicciones que hiciera la novela lúdica de 1987. Todo es grilla y corrupción en *La Silla del Águila*, ya se perdió la idea de Patria, de autoestima nacional que aportaba la obra de escritores, intelectuales y artistas como López Velarde. La novela descubre la fuerza de una clase orientada al poder, su único fin, medio, ideología. Nueva en la composición social de México como grupo cada vez más poderoso, numerosísima, que se apropia del poder y del control del país, sus únicos objetivos: la clase política mexicana.

En novelas como *La Silla del Águila* y *La voluntad y la fortuna* ya no aparece el lirismo poético de otras obras, ni la estética que embellecía a personajes, antihéroes magnéticos, fascinantes como Artemio Cruz, pongamos por caso. La crítica de la realidad más reciente ha

formulado una estética del horror, diferente del horror de la literatura fantástica en la que Fuentes es de los mejores escritores universales: de *Los días enmascarados* y *Aura*, a *Vlad* (verdaderos motivos de culto entre los fanáticos del “género”). Es un horror que reproduce la descomposición social, la ruptura de los límites que preservan el tejido social. Puede explicarse esta nueva estética porque el mundo “real —como M.M. Bajtin apuntó— entra en la obra y en el mundo representado en ella”. En la reescritura de la Historia que hace el mural narrativo de Fuentes, el mundo “real” del presente que vivimos ha estado entrando en las novelas que representan el horror de la actualidad, las crisis de los últimos años. Lo real se instala en el mundo representado por Fuentes.

Carlos Fuentes publica hermosos libros con predominio de la prosa poética como *Aura* (1962), *Terra nostra* (1975), *El naranjo* (1993), *Constancia y otras novelas para vírgenes* (1994), entre otros, y en *La muerte de Artemio Cruz* (1962) logra algunas de las páginas más bellas de la literatura contemporánea. Sin embargo, también acentúa en ellos los horrores de la realidad, porque hace aparente lo no visible: la miseria, la traición, la injusticia. El horror que se ha estado destacando en ciertas novelas es un horror distinto al de *Aura* o al de *Vlad* (publicado por vez primera en *Inquieta compañía*, 2003). Desde *Cristóbal Nonato* (1987) hasta *Adán en Edén* (2009) hay una línea en la representación de México cada vez más preocupada por los últimos acontecimientos que se inclina a mostrar el horror de lo que sucede. Aun en libros en que también entra la belleza, la ternura, para paliar el horror de la realidad cotidiana como *Todas las familias felices* (2006) y *Adán en Edén* (2009), en el mundo representado se instala lo real. Esto sería lo opuesto a la instauración de lo fantástico en la realidad representada, pero lo insólito también irrumpe en esta novela. La imaginación, la fantasía son el contrapeso en la obra de Fuentes al horror de lo real que consigna y afecta hasta el modo de retratar. Así, en *Todas las familias felices*, la disgregación de la familia es la de la Ciudad de México y la del propio país. La imaginación y el amor en *Adán en Edén* logran que en la novela se recupere la magia del México que sigue existiendo a pesar de la pobreza, la opresión. La fe que ha mantenido vivo a un pueblo que cree en el milagro de un Niño Dios en la Ciudad de México. La novela también alberga al amor, siempre presente en la obras de Fuentes en que cabe la esperanza.

Si bien la obra narrativa y no narrativa de Fuentes ponen en evidencia la interacción desigual entre México y los grandes poderes económicos mundiales desde el comienzo mismo de su historia, en el XIX con la pérdida de la mitad de su territorio, las invasiones, el Segundo Imperio, igualmente desenmascaran a los mexicanos que con sus errores, desde la cúspide, han estado



trazando el destino del país (por ejemplo, en la ópera *Santa Anna*, 2008). En el siglo XXI, la cúspide recompuesta muestra el predominio de la nueva clase política convertida en una verdadera casta, con empresarios indistinguibles del gobierno que no crean empleos o infraestructura y se llevan el capital fácil fuera del país a costa de México. La nueva y la nueva nueva burguesía, que tan bien han caracterizado su narrativa, responsables de cada uno de los sucesivos presentes que han llevado a México al tiempo que estamos viviendo, ya comparten la culpa histórica con la nueva casta política y con el poder del crimen organizado. El siglo XXI, dicen con más fuerza sus obras más recientes, es el trágico resultado de los errores históricos y del olvido de la Historia. México ha llegado a no ser gracias a que los intereses monetarios, por el poder, suplantaron al compromiso con la Patria.

En *Cristóbal Nonato* (1987), dedicada a la juventud, despuntó la preocupación por México que ha crecido en la medida en que los desastres de lo real demuestran cómo el país va al garete. En un futuro próximo, posible, advirtió la novela, ya en ese entonces, se estaría a punto de perder para siempre a la Patria que cantó Ra-

món López Velarde. El diálogo con la poesía del joven poeta, pero en especial con *La suave Patria* (1921), que por cierto da título al segundo capítulo, es el origen discursivo de la descripción de lo que podría suceder al país: lo contrario al canto del poema emblemático. El diálogo, las referencias a López Velarde muestran la devastación ambiental, al país saqueado, a la Ciudad de México cada vez más destruida y asfixiada por el predominio de los automóviles, a la ecología arruinada: “Patria, tu mutilado territorio”: “El aliento mortal de tres millones de motores vomitando sin límites bocanadas de veneno puro, halitosis negra, camiones y taxis y materialistas y particulares, todos contribuyendo con su flauta negra a la extinción del árbol, el pulmón, la garganta, los ojos”. El joven Ángel Palomar (concebido el 2 de octubre del 68 y futuro padre de Cristóbal que se está gestando en el vientre materno), parecido físicamente a López Velarde, es su reencarnación literaria. Ángel vive en un México sin futuro para los jóvenes, cuya realidad, atmósfera contaminada y naturaleza también destruida niegan una a una las imágenes de los versos de *La suave Patria* (el poema fue escrito al principio de la posrevolución, por el joven maderista López Velarde que creía en la Revolución y en un mañana, y quien muere poco después de escribir *La suave Patria*). Ángel Palomar en *Cristóbal*

Nonato, como Ixca Cienfuegos, en *La región más transparente*, recorre en un futuro terrible, imaginado para prevenir, la Ciudad de México que ya no es la misma de la primera novela de Fuentes. Recorre el país que ya no es más la Patria que cantó López Velarde.

La Silla del Águila y *La voluntad y la fortuna* corresponden al futuro que predijo *Cristóbal Nonato*. Mas la profecía no imaginó en el final de la década de los ochenta del siglo pasado, el horror ni la medida del horror del siglo XXI. El mural de Fuentes, ciertamente, pinta el horror de este tiempo, pero también por ser la memoria de nuestro tiempo nos pide que no olvidemos la Historia, porque “...cuando expulsamos al pasado por la ventana, no tarda en regresar por la puerta principal, disfrazado de las más extrañas maneras. Las guerras contra la memoria son perdidas, al cabo, por quienes las emprenden. Tenemos que hacer presente al pasado para comprender a las culturas reemergentes insatisfechas con la carrera de cabeza hacia un futuro sin cabeza... La defensa del tiempo es por todo ello defensa de la cultura y de la manera de vivirla en la historia. Esta defensa tiene un sitio. Se llama el presente, aquí y ahora. Porque el pasado ocurre hoy, cuando recordamos. Y el futuro ocurre también hoy, cuando deseamos” (*En esto creo*). **U**

© Javier Nández

